

Mentalidades Parasíticas

Gustavo Petro, presidente de Colombia, ha tomado la decisión de entregar dinero a miembros de bandas criminales. No es mentira; ni tampoco es exageración. Dentro de su “creatividad”, el otrora guerrillero piensa que con la implementación de esta propuesta, digna heredera de las peores concepciones del bienestarismo, solucionará el problema de la violencia en Colombia. Según él, darles un monto de dinero mensual a quienes hacen parte de grupos delincuenciales, o a quienes estén más cerca de ingresar a dichos grupos, generará un incentivo para que dejen de adentrarse en el mundo del hampa. Será “el ejército más grande de Colombia” -según él-.

Ante ello, existen al menos tres razones para que la insólita política de Petro esté condenada al fracaso:

Razón 1. Colombia es un país históricamente desigual, en el cual millones de jóvenes luchan día a día por superarse, así ello involucre combinar estudio y trabajo en extenuantes jornadas. Largas caminatas o incluso la necesidad de abordar lanchas y canoas en los lugares más apartados, forman parte del panorama común de aquellos jóvenes que están dispuestos a realizar sacrificios para lograr un futuro mejor. Algunos de ellos son beneficiarios de becas por ser particularmente destacados. Hace poco, tuve la oportunidad de conversar con un par de ellos. Responsables, incansables y esforzados -son los mejores adjetivos para describirlos-. Pero, recientemente, también, inconformes. ¿Por qué? Puesto que Petro con una mano premia la pertenencia al crimen y con la otra amenaza con lanzar al abismo del olvido las necesidades de estos colombianos, decentes e impasibles, cuya conciencia los ha impulsado por el camino del trabajo duro, y no por la senda del dinero fácil. Al enterarse de semejante plan, su reacción -que hace eco en la mente de miles de colombianos de similares características- fue: “Excelente -dicho en tono irónico- ahora en Colombia paga más ser criminal que trabajar”. Este inconformismo, fruto de una clara distorsión de los valores más fundamentales, es un signo de la ruta hacia el fracaso que sigue la política pública petrista.

Razón 2. Immanuel Kant, quien vivió hace casi 300 años, ya lo había descifrado. Solamente es posible actuar cuando es sostenible que dicho modo de actuación se convierta en Ley universal. Me pregunto, entonces, ¿qué sucedería si premiar la pertenencia al crimen organizado se tornara ley universal? Sin duda alguna, es una voluntad común la de ayudar a nuestros jóvenes vulnerables a superar la pobreza; sin embargo, ello puede hacerse de modos verdaderamente sostenibles a mediano y largo plazo, tales como incentivar su participación en industrias de alto crecimiento,

o en industrias creativas, a través de la formación de alianzas entre el sector público y el sector privado. La educación focalizada de estos jóvenes para formar parte de las áreas más competitivas del comercio no solamente los ayuda, sino que también contribuye a que Colombia, como país, sea más competitivo e innovador a nivel internacional. Se trata de trasladar el potencial (por ahora perdido) de estos jóvenes, en una máquina emprendedora de crecimiento y de bienestar. Esto, combinado con la implementación de terapias direccionadas a superar distorsiones cognitivas para aquellos que han caído en malos pasos, generaría muy buenos resultados en los años por venir. Nótese la diferencia entre un plan de crecimiento y beneficio mutuo solidario, con el subsidio al crimen que pretende otorgar quien, al parecer, nunca pudo dejar atrás dicha lógica.

Razón 3. Por último, y quizás lo más grave: resulta claro que la entrega de subsidios a aquellos que ya están involucrados en una carrera criminal lo único que hará es servir de ventana para que se cuelen el parasitismo y el oportunismo. Será común ver a cientos de jóvenes haciéndose pasar por criminales (o incluso cometiendo actos delincuenciales) para ser beneficiados económicamente; habrá otros que, no obstante reclamar el dinero, estando inmersos en una dinámica en donde solo la acumulación material importa, combinarán el subsidio con aquellos recursos obtenidos gracias a las actividades ilícitas, y finalmente habrá otros que dejarán el crimen por un tiempo, pero reincidirán, puesto que una carrera criminal sin duda alguna paga más de lo que cualquier gobierno puede subsidiar.

A raíz de todo lo anterior, cabe preguntarse, ¿dónde queda la importancia de la ética a la hora de formular políticas públicas? No hay duda de que los principios kantianos guían de mejor manera las riendas de una Nación a mediano y largo plazo que los espejismos fantasiosos de un altruismo desmesurado, cegado por el mismo materialismo efímero que pretende curar. En otras palabras, con la política petrista, hablamos de comprar conciencias al mejor estilo populista, generando así verdaderas mentalidades parasíticas.